

"YO HARE TU POSTERIDAD TAN NUMEROSA COMO LOS GRANOS DE TIERRA"

REFLEXIONES BIBLICAS EN TORNO AL PROBLEMA DEMOGRAFICO

I.—Planteamiento del problema y opciones bíblicas fundamentales.

Comprendemos que la libertad y la responsabilidad del hombre no son ideas con valor universal sino cuando arrancan de la realidad misma concreta y existencial del hombre que vive su libertad en el confronte con las situaciones que le plantea su existencia histórica.

El problema mismo demográfico, en el que están comprometidos decididamente la libertad y la responsabilidad del hombre, no puede ser reflexionado por sí mismo, desarraigado de la circunstancia histórica que configura el ser del hombre. Tampoco se puede reflexionar sobre tan delicado problema, de cualquier ángulo que se le toma, en nuestro caso del punto de vista bíblico, sin tener en cuenta la circunstancia misma de aquel que reflexiona sobre el problema. El problema mismo y los pensamientos o reflexiones que sobre el problema puedan formularse, nada absolutamente puede estar desarraigado de la realidad concreta desde donde se reflexiona.

Problemas "en sí" no existen, tampoco existen reflexiones "en sí". Todo problema es humano y toda reflexión forma parte del hombre mismo. Sin duda que existe la reflexión académica, es esta una necesidad puramente metodológica. Pero aquí mismo, todo método científico comporta como necesidad intrínseca, el respecto a la realidad que se estudia y desde la que se estudia tal o cual problema.

Las circunstancias desde donde hacemos estas reflexiones bíblicas son las de este bello país que llamamos El Salvador. Un país territorialmente pequeño y desde el punto de vista de su población demasiado pequeño. Un país agrícola y monoculturizado. Un país en donde la bandera de la pobreza es enarbolada cada mañana: pobreza intelectual, pobreza política, pobreza moral, pobreza ética, pobreza social y hasta pobreza religiosa.

Como casi todos los países latinoamericanos, El Salvador también es un país cuya pobreza le viene no tanto de su naturaleza y de su suelo sino más bien, de los hombres y las estructuras que estos hombres han "consagrado", casi con valor de religión, para todos los tiempos. El Salvador, un país en donde muchos se han enriquecido del suelo sin hacer nada por el suelo patrio. El Salvador, un país en donde los que se han enriquecido a costa del suelo quieren seguir enriqueciéndose a costa del pobre campesino, cortador del campo. En todo país hay mentalidades

mezquinas y las hay también en este pequeño país que piensan en la necesidad de hacer crecer la población campesina sobre todo, para tener más manos con qué cortar el café, ya que las máquinas no las puede producir el suelo. A esta mentalidad se une otra, como para corroborarla, haciendo énfasis esta vez en que existen aún tierras vecinas que están inhabitadas y que con el tiempo pueden ser ocupadas por la fuerza misma de la expansión demográfica.

En medio de la pobreza una riqueza: la fe.

La mayoría de los conocedores de la realidad latinoamericana están de acuerdo que ciertamente, del punto de vista religioso, los latinoamericanos poseen una gran riqueza que es su fe. Es de suponer que El Salvador también goza de esta riqueza común. Y sin embargo, se trata aquí también, a nuestro modo de ver, de una riqueza tan muerta como la riqueza de la naturaleza del suelo.

Efectivamente. Esta fe de los latinoamericanos no ha sido capaz hasta ahora, de sacar al hombre latinoamericano de su pozo de egoísmos. No ha sido capaz de hacerle tomar en sus propias manos las responsabilidades que le son propias. No ha sido capaz de romper con estructuras trasnochadas y conservadas simplemente por el romanticismo desmesuradamente patriótico, en "honor a los próceres", como si éstos tuvieron visiones más eternas que las del Padre eterno. Es una fe, la fe de los latinoamericanos que no ha podido sacudir tantas creencias mágicas y tantas prácticas religiosas y sociales que reflejan una mentalidad embotada de mitos y supersticiones. En Latinoamérica se tiene más miedo de los espíritus de ultratumba que de la pobreza y la miseria que puede estallar cualquier día más potente que la bomba atómica.

A pesar de todo, es cierto que la fe está presente en la mente de los latinoamericanos y es esto precisamente lo que nos autoriza a decir que no podemos reflexionar ni resolver ningún problema, el demográfico ahí incluido, sin tener en cuenta este elemento preponderante para los latinoamericanos.

El problema demográfico se nos plantea aquí en El Salvador, dentro del marco de una historia socio-política que arranca desde la independencia, como consagración de una situación. Una historia de independencia jurídica ciertamente, porque el pueblo no parece haber intervenido en ella sino para clamorear a los "protagonistas" de tan gran suceso. Y tan lejos parece que estaban estos protagonistas del pueblo mismo, que casi simultáneamente a la proclamación de la independencia, una voz emocionada y trémula denunciaba una real dependencia, la de los pobres que apenas si se habían dado cuenta de lo que se pasaba en el Palacio de los Caballeros.

Para firmar esa acta estaban también los Pastores de la fe, quizá por eso el pueblo creyó, en el sentido estricto de la palabra, en lo que apenas si comprendía: que eran libres e independientes. Muchos creyeron porque tenían fe en Dios y en sus Pastores.

Como ese problema, el problema demográfico se nos plantea en El Salvador en medio del clamoreo de un pueblo que tiene fe y que, a pesar de todo, la sigue teniendo en Dios y en sus Pastores, por eso recurrimos a la Biblia, Palabra de Dios revelada a los hombres, para interrogarnos en las fuentes mismas de la fe: ¿qué debemos los salvadoreños

hacer, como cristianos también. en este grave problema del crecimiento de la población?

Opciones bíblicas fundamentales.

Antes de interrogar la Santa Biblia sobre el problema demográfico, queremos dejar asentados ciertos puntos fundamentales. De no hacerlo terminaríamos por extraviarnos en nuestras propias reflexiones. Se trata de dos opciones fundamentales y de un principio básico.

Las dos opciones fundamentales son: el **monoteísmo** y un **modo de vivir profundamente religioso**. El principio básico lo calificaremos de **binomio revelación-sociedad**.

El **monoteísmo** es la primera y última palabra que debe de ser pronunciada siempre que se reflexiona cualquier problema a la luz de la Biblia. Todo cobra sentido desde la Biblia cuando se reflexiona a la luz de esta opción fundamental, nada tiene sentido si se le olvida. Podemos decir que tenemos en el monoteísmo del pueblo de Israel, la ideología bíblica para la reflexión humana sobre sus propios problemas.

No es fácil definir lo que es el monoteísmo. Además de la fe en un sólo Dios, el monoteísmo es también la fe en un Dios que se revela al hombre es decir, que el hombre no se lo inventa ni lo descubre por sus propios medios. Monoteísmo quiere también decir, fe en un Dios que está ya ahí cuando todavía el hombre no está y cuando ya no está más. Monoteísmo es la fe en un Dios que quiere adaptarse a la historia de los hombres, pero que no permite que los hombres se lo adapten a su propia historia. En este sentido Dios prohíbe al hombre hacerse "imágenes" de El; porque toda "imagen" es una adaptación que el hombre se hace de Dios a su propio modo de ver, a su propio capricho, a su propio interés. Ahora bien, el Dios de la Alianza no es un Dios para una ideología humana, para un grupo de hombres, para tal hombre. El Dios de la Alianza es el Dios que se ha elegido un Pueblo: "Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo" (Jeremías 31, 33).

Por **vida religiosa** se entiende en términos bíblicos, el cuadro que engloba todas las relaciones de los hombres. Hay aquí una relación fundamental, la del hombre con Dios y esta relación determina las otras relaciones. Sinceramente hablando, el hombre de la Biblia solamente se interesa en la relación a Dios y porque Dios se interesa en el hombre, los nombres se interesan en sí mismos. Este es el sentido último de los dos primeros y más grandes mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

En una palabra, toda la vida del hombre, según la visión bíblica, está compenetrada de aquella relación fundamental hacia Dios. Toda relación entre los hombres lleva un sello definitivamente religioso.

Estas dos opciones fundamentales van vinculadas mutuamente y podemos formular esta vinculación de la siguiente forma. El hombre no descubre a Dios por la razón sino que Dios se le revela al hombre, pero se le revela en la circunstancia concreta de la vida del hombre y por consiguiente, el hombre tiene que hacer uso también de su razón para descubrir en su concreción los indicios de Dios. El Dios que se revela al hombre es uno, pero el hombre no le conoce sino gracias a la multiplicidad de las circunstancias de su propia historia. El Dios que se revela al hombre es absoluto y sin embargo el hombre no le conoce sino en la re-

latividad de su existencia. El Dios que se revela al hombre es trascendente y sin embargo el hombre no le llega a conocer plenamente sino en la concreción hecha carne y hueso de un hombre, que es el Hijo de Dios, Dios hecho hombre.

Además de estas dos opciones fundamentales, tenemos el **binomio revelación-sociedad** que es de suma importancia, principalmente para el problema que tratamos de reflexionar aquí.

El **binomio revelación-sociedad** puede ser enunciado así: entre la revelación de Dios y la historia socio-política religiosa del Pueblo no hay una simple coincidencia, tampoco hay oposición sino un desplazamiento tal que lo revelado por Dios aparece al hombre a cada instante, como un ideal en relación a la realidad de los hechos y de la vida de los humanos, a quienes se dirige precisamente la revelación.

Para comprender mejor este principio trataremos de ilustrarlo con ejemplos bíblicos que servirán, al paso, de prueba de su veracidad. Tenemos, por ejemplo, que según el Génesis 2, 18-25, Dios establece desde el principio del mundo un proyecto de vida humana, familiar y social tan bello que en definitiva aparece como "de sueño" en el confronto con la realidad de la vida motivada por el pecado de los hombres. El hombre no tenía que trabajar, estaría en un continuo entendimiento mutuo y con el ambiente que le rodeaba, no tenía que sufrir ni que morir, porque así lo quería Dios y así se lo había revelado al hombre. Pero el mismo libro del Génesis nos dice (3, 8-25) que, la concreción real de la vida del hombre fue desde el principio de su historia muy diferente de lo que Dios había establecido: el hombre estaba sujeto al sufrimiento, a las contiendas, al trabajo, a la muerte... Ya desde el principio de la historia de los hombres empieza un desplazamiento entre lo revelado por Dios y lo concreto-histórico de la vida de los hombres.

Otro ejemplo lo tenemos en la misma narración del Génesis (1, 28). Dios revela un mandato y determina que el hombre ha de procrear y llenar la tierra, dominándola con su propia mano y poder. Y sin embargo la realidad dice que el hombre no llega a dominar esta tierra y tal es la situación concreta de la vida de los hombres que Dios mismo parece dar pié atrás, cuando se decide por el diluvio acabar con la humanidad. Solamente porque la palabra de Dios tiene que cumplirse, Dios salva la humanidad en la persona de Noé y de su familia (Génesis 6, 5 a 7, 24).

Otro ejemplo. Dios hace un pacto de Alianza con los hombres. Y según los términos de este pacto Dios se compromete a ser el Dios del pueblo de Israel y el Pueblo se compromete a no tener otro Dios. Dios se compromete a salvar al Pueblo y el Pueblo se compromete a no confiar en otra fuerza o poder que no sea el de Dios. Y sin embargo, toda la historia humana de los grandes reinos de Judá está ahí para hacernos ver que esa revelación de Dios marcha en neta desventaja frente a la realidad concreta de la vida de los israelitas. David y los grandes reyes optan por confiar en las fuerzas políticas, militares y económicas en detrimento de la revelación de Dios pactada en la Alianza.

Otro indicio en fin, lo tenemos en la historia del profeta Oseas. Según los designios revelados por Dios, no está permitido a hombre ninguno que haya despedido a su mujer que vuelva a reconciliarse en matrimonio con ella (Deuteronomio 24, 3.4). Y sin embargo, el mismo profeta Oseas se reconcilia con la mujer que antes él había despedido (Oseas 2).

En una palabra, toda la historia del pueblo de Dios pone en evidencia que la revelación de Dios y de sus designios no coinciden con la concreción de la vida histórica del pueblo de Israel. A cada instante, la revelación de Dios que está al principio de la vida y de la historia del pueblo, aparece como su ideal y la meta que debe lograr.

Puesto que aquí reflexionamos sobre un problema de índole netamente social y lo abordamos desde el punto de vista de la revelación, es preciso no perder de vista este principio que hemos enunciado e ilustrado. Tratándose del problema demográfico, no pretendemos encontrar en la Biblia el ideal de solución a este problema en la solución que le haya podido dar el pueblo de Israel. Precisamente, porque no podemos absolutizar la situación histórica del pueblo de Israel consignada en la Biblia, como si tuviera el mismo valor que la palabra revelada por Dios. La concreción histórico-social-política del Pueblo de Israel, aun cuando está consignada en la Biblia, no tiene más ni menos valor que la concreción de cualquier otra comunidad de hombres que viven en este mundo, con sus propios problemas, con su propia historia, con su propia concreción.

Es importante sin embargo no perder de vista que Dios se revela y revela su palabra dentro de una concreción histórica del hombre. Esto es importante y hasta revelador de los designios mismos de Dios, de conformidad a lo que hemos expuesto más arriba. Es revelador también, y esta vez del carácter escatológico de Dios y de su palabra, el hecho de que la realidad humana marche siempre en neta desventaja en el frente con lo que Dios determina y revela por su palabra.

Cómo abordar el problema demográfico a la luz de la Biblia.

Sin negar el interés que tiene para el historiador, el sociólogo y quizá también el político, un estudio sobre las determinaciones prácticas llevadas a cabo por la política demográfica del Pueblo de Israel en su propia concreción histórica, de todo lo que hemos dicho se sigue que para nosotros no tiene más que un relativo interés, puesto que toda circunstancia histórica es relativa. Sin embargo, el mismo binomio **revelación-sociedad** nos obliga a no desatender la concreción histórica del pueblo de Israel y ciertamente no la nuestra, puesto que Dios nos sigue hablando desde la concreción misma de nuestra historia.

Además, nuestro estudio pretende encontrar en la Biblia los principios fundamentales que nos ayuden a reflexionar y resolver el problema demográfico a la luz de la fe. Por consiguiente, tenemos que movernos dentro de las dos opciones fundamentales del Pueblo de Israel, **el monoteísmo y la vida religiosa.**

Metodológicamente hablando, es necesario conocer los textos bíblicos que hemos de usar. Conocerlos con rigor científico, para no caer en el error "llevar el agua a nuestro molino", es decir, para no forzar el texto a decir lo que nosotros queremos que diga. Es verdad que debemos reflexionar bíblicamente nuestra vida desde nuestra propia circunstancia, pero no podemos condicionar el sentido de la Biblia por nuestra propia circunstancia. De hacerlo, ya no encontraríamos en la Biblia ninguna luz ni guía, sino que la circunstancia misma guiaría a la circunstancia... "si un ciego guía a otro ciego"...!

Por otra parte, queremos reflexionar como cristianos y no como judíos, con la ayuda de la Biblia. Nuestra reflexión debe de partir desde

Jesús, puesto que para nosotros los cristianos Jesús está "en el medio del tiempo", y desde ahí cobra para nosotros, sentido el pasado y el porvenir. Los Judíos se contentarán con reflexionar con el Antiguo Testamento, no así nosotros que somos cristianos.

Por consiguiente la pregunta que planteamos nosotros es la siguiente: ¿qué piensa y qué nos dice Jesús sobre el problema demográfico?

Sin mayor rodeo digámoslo: ni Jesús ni el Antiguo Testamento plantean en forma explícita el problema demográfico. El único camino que nos queda es abordarlo por un problema afín. El que más se le acerca es el problema sobre el matrimonio, que se lo plantearon a Jesús en más de una ocasión. Por este camino podemos tal vez, encontrar la vena de lo que Jesús pensó sobre el problema demográfico.

Ahora bien, cuando los contemporáneos de Jesús le interrogaron sobre el matrimonio, Jesús no hace más que remitirlos a lo que Dios estableció desde el principio de la creación (Marcos 10, 5-6). Esto significa para nuestra investigación, que debemos primero examinar el contenido y el sentido de la palabra de Dios consignada en la creación del Hombre y en el mandato que Dios da al hombre de fecundar y llenar la tierra y dominarla. Luego después, en un segundo paso debemos volver a la doctrina misma de Jesús.

Quedan de este modo determinados los dos grandes puntos que hemos de seguir por orden en nuestra investigación: interrogaremos primero los textos sobre la creación y, en segundo lugar, interrogaremos a Jesús mismo en su mensaje de predicación del Reino de Dios.

Nuestra tesis.

Para que el lector no se pierda en el hilo de nuestras reflexiones, queremos avanzar aquí el resultado al que hemos llegado en nuestra investigación. Lo queremos exponer en forma de tesis.

Desde el principio la Biblia nos revela que la fecundidad del hombre es una manifestación del poder creador de Dios cuando da la vida a los hombres. Pero es además revelación de la responsabilidad total del hombre en esta cuestión tan humana como es la procreación y la fecundidad. Dios es el creador de la vida, el hombre es el responsable de la vida tal y como se vive sobre la tierra.

Habiendo Dios asociado al hombre al poder de dar la vida y habiéndole dado la posibilidad de cumplir con esta responsabilidad por medio del sexo, Dios ha establecido para la fecundidad humana un fin social. Dimensión social de la fecundidad que viene acentuada por el mandato de Dios a los hombres de "dominar la tierra".

Consecuentemente, y como Jesús lo reafirma en su predicación del Reino de Dios, el problema demográfico no puede ser abordado pura y simplemente como una cuestión biológica, ni como una cuestión numérica, sino como una cuestión profundamente social, desde el momento que la fecundidad misma de los humanos no puede ser realizada sino en el marco de las relaciones humanas sociales, que constituyen la posibilidad de vida para los hombres.

II.—La Creación: Perspectiva del Antiguo Testamento.

1.—Dios confía en el hombre y le confía la creación.

No cabe la menor duda de que cuando Dios decide crear al hombre "a su imagen y semejanza" (Génesis 1, 26), está manifestando y revelando su absoluta confianza en el hombre. Porque no poca cosa es en verdad, confiarle su propio ser al hombre y la primera obra de la creación que es también manifestación del ser de Dios.

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza y le confía la creación. Esto significa para el hombre, asumir una grave responsabilidad.

Uno de los aspectos que mejor pone de relieve la absoluta confianza que Dios hace el hombre está formulado en el mandato "sed fecundos, multiplicaos, llenad y dominad la tierra" (Génesis 1, 28). Efectivamente, los mismos redactores de esta narración de la creación han querido dejar claro que no solamente Dios crea al hombre responsable de sus actos y de su vida, al crearlo a imagen y semejanza suya, sino que además una vez constituido libre y responsable, le confía plenamente una parte importante de la creación como es la continuación del género humano sobre la tierra. Esto quiere decir, en otros términos que el hombre goza desde el principio de una autonomía propia aunque no absoluta. No es absoluta porque desde el principio se origina de una relación vital del poder de Dios para dar la vida: pero es una autonomía que le es propia.

Efectivamente. Por el hecho mismo que el hombre asume la misión que Dios le confía, como "imagen y semejanza" que él es de Dios, la asume de un modo muy diferente al modo como la practican los animales. Porque estos también reciben el mandato de "ser fecundos y multiplicarse". Los animales al realizar el mandato de Dios lo hacen en virtud de las leyes que Dios ha dejado en la naturaleza. El hombre en cambio lleva a cabo su misión en virtud de la razón que Dios le ha dado al crearlo según su propia imagen y semejanza. Gracias a la razón el hombre asume personalmente las leyes de la naturaleza y las saca de su estado de "leyes ciegas", para controlarlas y someterlas al hombre y a Dios que las ha confiado al hombre. En este sentido, la responsabilidad del hombre es propia. El se hace responsable ante Dios.

En suma. Dios establece un proyecto y se lo confía plenamente al hombre, después de haberle dado lo suficientemente necesario para llevarlo a cabo.

Fecundidad y vida.

Es necesario detenernos un poco en el mandato de Dios a los hombres por el que establece la ley de la fecundación humana.

Queremos efectivamente, ante todo, hacer hincapié en el hecho de que dicho mandato va precedido del inciso "sed fecundos". Queremos señalar al mismo tiempo que con este inciso Dios hace partícipe al hombre del poder absoluto de Dios para dar la vida. Solamente cuando leemos todo el mandato partiendo de este inciso, solamente entonces cobra el mandato mismo todo su sentido.

Efectivamente. Si leyéramos el mandato solamente en su inciso "multiplicaos", caeríamos en el error de creer que la generación humana es una cuestión numérica. Si leyésemos además el mandato con el inciso siguiente "llenad la tierra", pensaríamos erróneamente que el man-

dato impele al hombre a preocuparse de una dominación de la tierra por el avasallador crecimiento de la humanidad. Por el contrario, todo cambia si se lee el mandato desde el principio, sin desprender los siguientes incisos. "Sed fecundos", significa participación al poder divino de dar la vida. Por consiguiente "multiplicaos" "llenad la tierra" "dominadla" son partes de un mandato que va sellado con la necesidad de comunicar la vida.

Estamos, pues, delante de un mandato de vida. Se trata de una cuestión de vida. Se trata de dar la vida. Y como todo lo que vive se multiplica, se sigue lógicamente que el mandato añada "multiplicaos". La multiplicación se torna entonces, una manifestación y una revelación de la presencia de la vida en el mundo. Porque dar vida significa luchar contra la muerte y contra el caos. No solamente contra la muerte como caos o ausencia de vida, sino también contra la muerte como agresión a la vida y como desorden de la vida, que es otro modo de caos en el mundo.

Precedido del mandato "sed fecundos", "multiplicaos, llenad la tierra y dominadla" se torna para el hombre un auténtico compromiso para luchar contra el caos y la muerte, como caos primordial y como caos social. Consecuentemente, toda relación sexual entre los hombres será manifestación del poder de Dios para dar la vida, cuando hombre y mujer se unen para fecundar la vida como superación de una situación caótica, como puede ser la consecuente a una guerra devastadora, haciendo posible de ese modo que la vida biológica continúe en este mundo en su modo humano; pero también lo será cuando hombre y mujer se unen con intención de "fecundar" la vida tal y como se vive ya en las relaciones de los hombres, haciendo posible de este modo la vida social, que es para el hombre la única forma de vivir la vida biológica de una manera humana.

La vida y la vida de los humanos hace pues, que la fecundidad sea no solamente una cuestión de naturaleza y de biología, sino con igual intensidad, una cuestión humana y por consiguiente social. En uno y otro caso, del punto de vista naturaleza y del punto de vista humano, el hombre practica la fecundidad según el mandato de Dios y hace posible el mandato creador de Dios "hágase la vida" (Génesis 1, 24).

Bendición y mandato.

La lectura del versículo que estamos comentando, nos ha hecho caer en la cuenta de que antes de pronunciar el mandato procreativo, Dios bendice al hombre y a la mujer.

La bendición tiene su importancia en el Antiguo Testamento. Y la tiene por su doble significado: por una parte, por la vinculación con el poder divino de Dios y por otra parte, por su vinculación con la responsabilidad del hombre.

Efectivamente. Cuando Dios bendice a un hombre está manifestando que su poder acompañará al hombre en la misión o en el encargo que Dios le confía. Los caos más elocuentes del Antiguo Testamento son los de las mujeres estériles. Sara, Rebeca y Raquel por ejemplo, mujeres estériles, no podían esperar de la naturaleza poder tener un hijo. Dios sin embargo, bendice a sus esposos y consiguientemente su unión matrimonial, y gracias a esa bendición las mujeres en cuestión fecundan, dan

la vida. Sabemos que uno de los elementos importantes del Antiguo Testamento, es la convicción que tienen los hombres de que Dios está lejos de ellos cuando no tienen familia. Entonces, creen, Dios no está con ellos y si Dios no está con ellos, tampoco su poder les ampara. Ahora bien si el poder de Dios no ampara al hombre es la ruina. Esto quiere decir que para los israelitas, el tener o no tener hijos, no es cuestión de número ni de prestigio social. Es simplemente una cuestión religiosa: tener hijos es sentirse amparado por el poder de Dios; no tener hijos es sentirse desamparado de Dios. Cuanto más hijos un hombre tiene, tanto más puede estar persuadido de que Dios está con él. Cuanto más una mujer es estéril, tanto más el hombre puede estar convencido de que algo sucede entre ellos y que hace que Dios esté lejos de ellos.

Sin embargo, la **bendición** de Dios en el Antiguo Testamento pone también de relieve la responsabilidad del hombre. Y esto aparece también en muchos pasajes del Antiguo Testamento, tal por ejemplo, el hecho de que los Patriarcas pueden bendecir también como Dios (Génesis 27, 27-29) (Génesis 49, 3-9); la bendición de los Patriarcas es tan poderosa como la de Dios, no porque sean iguales o rivales, sino porque el hombre participa de ese poder de Dios de dar la vida. Poderosa es la bendición de los Patriarcas, porque en definitiva es la misma que la de Dios, está de manifiesto en la famosa **Lista de las Naciones** (Génesis 35, 10-22).

Te daré una posteridad tan numerosa como los granos de la tierra.

Esta frase que la leemos en Génesis 13, 16, cobra todo su sentido después de lo que acabamos de decir.

Se trata de una auténtica bendición de Dios a Abraham. Es decir, que Dios quiere manifestar su poder en la generación de Abraham y quiere al mismo tiempo hacer responsable al hombre de esta generación. Notemos sin embargo, que en la concreción de la vida misma de Abraham, no hubo realmente hablando sino solo un hijo: Isaac. Esto quiere decir, pues, que la bendición de Dios pronunciada sobre Abraham no tiene sentido numérico, porque habría entonces una contradicción flagrante en las palabras mismas de Dios confrontada con el hecho de que Abraham solamente tuvo un hijo de la bendición. Lo importante, como lo diremos más explícitamente adelante, no es la letra en la Biblia, no son las frases como están escritas, sino el sentido que Dios ha querido estampar en ellas.

Ahora bien, el sentido de la bendición pronunciada por Dios a Abraham es profundo. Como toda bendición, ésta también manifiesta el poder absoluto de Dios y creador de vida, porque Dios hace nacer la vida de la imposibilidad natural de la mujer estéril. La esterilidad es una forma de caos y es de ese caos que Dios hace nacer a Isaac. Abraham participa responsablemente en este asunto por su actitud de fe, de adhesión y de confianza cuando, guiado por la palabra de Dios, busca la relación sexual con su mujer, a pesar de que la razón les dice a ambos que es quizá ridículo lo que están haciendo.

Tanto el poder de Dios como la responsabilidad del hombre alcanzan su cometido, porque por medio de Isaac viene Jacob, y por medio de Jacob vienen los doce hijos que serán los padres de las doce tribus de Israel y finalmente, por medio de estas doce tribus nace el Pueblo de Dios. De este modo, así como el mundo natural nació de la nada por el poder absoluto de Dios, así la generación humana nació de la esterilidad caótica de una mujer por la bendición de Dios que es poder de Dios y responsabilidad del hombre.

El sentido de la frase "te daré una posteridad tan numerosa como los granos de tierra" es el siguiente dentro de su formulación literaria niperbólica: la fecundidad no es cuestión numérica, es cuestión de vida. La vida es manifestación del poder creador de Dios y es, entre los hombres, una lucha contra la muerte y el caos tal y como lo hemos expuesto más arriba.

La generación de los humanos nace del poder de Dios y nace también de la cooperación libre de los hombres. Porque la verdad, que Abraham y Sara no podían hacer nada absolutamente si se confiaban al instinto de la naturaleza, que de por sí tiende a fecundar. La fecundidad en ellos fue posible solamente porque Dios lo quiso y el hombre cooperó libremente con Dios, por la fe de Abraham.

2.—Dios confía al hombre la fecundidad haciéndole responsable de ella.

Mitos y ritos paganos de fecundidad.

Nadie ignora que la narración que se nos ofrece en el libro del Génesis de la creación del mundo y del hombre es una narración mítica. Es decir, que va toda ella cuajada de mitos muy conocidos desde la antigüedad. Mitos que se prestaban para describir fenómenos que el hombre no podía explicar todavía de una manera científica, como quizá pueda hacerlo hoy.

Entre todos los mitos de la época había uno, conocido por nosotros con el nombre de **mito de la fecundidad** y que consiste en la creencia de que ese fenómeno es algo divino y que no puede ser explicado sino como una fuerza divina que se hace presente en el hombre y que entonces impulsa al hombre a poner el acto sexual fecundativo. Fecundar es por consiguiente un acto de los dioses y el fenómeno mismo no es otra cosa que la activación de una **fuerza sagrada**, la fuerza de la vida. Por consiguiente, son los dioses los que realmente hablando fecundan. Para que el hombre pueda fecundar tiene que hacer **un rito**, el rito de la fecundación. Gracias a este rito, que consiste esencialmente en el acto sexual fecundativo pero acompañado de gestos, oraciones, articulaciones y poses sexuales, el hombre "incita" a los dioses para que vengán a poseerlos, hombre y mujer, con su fuerza divina y sagrada. Entonces, cuando el hombre se siente poseído por la fuerza sagrada de la fecundidad, pone el acto sexual fecundativo. Lo que se pasa de verdad es que son los dioses los que se relacionan cuando el hombre se relaciona con la mujer.

Es significativo que los redactores de la narración de la creación, a pesar de usar el lenguaje mítico y a pesar de abordar también ellos el fenómeno de la fecundidad, no hayan caído en la tentación de hacer uso del mito de la fecundidad. Pero esto tiene su explicación por la mentalidad religiosa de los israelitas.

La fecundidad en la Biblia.

En la Biblia no encontramos un tan solo rastro del mito pagano de la fecundidad. Y si encontramos alusiones a esas prácticas son siempre alusiones prohibitivas o condenatorias.

Efectivamente. No pudo pasar ni por sombra, por la mente de los israelitas la idea de que Dios, Yahvé haya podido fecundar. Es innegable

que Dios está al origen de la vida, puesto que él es el creador de la vida; pero Dios origina la vida por su palabra, es decir por su poder y no por fuerzas del orden sexual o genital. En la Biblia está sobradamente claro que la fecundidad es un fenómeno estrictamente humano. Dios creó al hombre varón y hembra y así los creó para que pudieran fecundar.

El Dios de la Biblia, el Dios de la fe de los israelitas, el Dios de nuestra fe no fecunda sino que crea la vida. Y para que los lectores de la narración de la creación no caigan en el más mínimo error en torno a esto de la fecundidad, los redactores han tenido el exquisito cuidado de separar dos noticias: la primera en la que nos dicen que el hombre fue creado "a imagen y semejanza de Dios" y, la segunda, en la que nos dicen que Dios ordena al hombre la procreación. Está claro que ningún lector tiene que quedar confuso: el hombre fue creado a "imagen y semejanza de Dios", en todo, diríamos, menos en lo de la fecundidad. El hombre participa, es verdad al poder de Dios de dar la vida, pero participa de un modo que le es propio, es decir por medio de la fecundidad, ya que Dios origina la vida por medio de su poder, de su palabra.

Y para disipar toda duda, los redactores de la creación hacen algo más: intercalan entre aquella primera noticia y esta segunda una **bendición de Dios**. Con esto está rematado el pensamiento. Fecundar es un asunto puramente humano. Al hacerlo el hombre manifiesta que cumple un mandato de Dios y participa al poder absoluto de Dios de dar la vida, participación libre y por consiguiente responsable, porque es totalmente humana.

De este modo, los redactores de la creación son ellos también, testigos de toda una tradición de la fe de Israel. Porque una de las notas dominantes del Antiguo Testamento es precisamente el rechazo formal que ahí se hace de las costumbres, mitos y ritos paganos y de modo especial el de la fecundidad (Oseas 3, 4; Oseas 4, 10-14; Jeremías 13, 27, etc.). Oseas es formal en la prohibición y la razón la da él mismo al decir que Yahvé no es un Ba'al, es decir, un dios pagano, precisamente el dios pagano de la fecundidad.

Fecundidad humana y fecundidad animal.

Al leer el libro del Génesis en la narración de la creación hemos notado sin duda, que el mandato que Dios da a los animales es idéntico al que da al hombre, con una excepción significativa sin embargo como lo diremos más adelante.

Sin embargo, aunque literariamente hablando haya una similitud sorprendente, por todo lo anteriormente dicho se deduce que hay una diferencia notable entre la fecundidad animal y la humana, aunque biológicamente haya también gran similitud. Y la diferencia es sorprendente en cuanto al alcance y el sentido. Efectivamente, a pesar de que hemos aludido a la importancia que hay que atribuir al hecho que los redactores hayan separado las noticias de la creación del hombre de la noticia del mandato de procrear, sin embargo el contexto de la narración nos obliga a tener en cuenta que el mandato de procrear es pronunciado solamente después de que se nos ha dicho que el hombre fue creado a "imagen y semejanza de Dios". Por consiguiente, aunque la noticia sobre el mandato es redactada literariamente similar para el hombre como para los animales, cambia totalmente su alcance y sentido cuando se sabe que el mandato es pronunciado y dictado a una criatura que es semejante a Dios.

En otras palabras. La fecundidad animal tiene como ley y como norma la ley que Dios ha dejado estampada en la naturaleza. El hombre en cambio, al recibir de Dios la capacidad racional, está llamado, en el respeto debido a la ley natural, a asumir personalmente esta ley natural, a corregirla si necesario es, en todo caso a perfeccionarla mediante la razón que supera lo puramente natural, como participación al poder divino de crear y ordenar las cosas

Sexo y sociedad.

El estatuto de los hombres está por consiguiente, muy por encima del animal. Sin embargo, hemos notado también en nuestra lectura de la Biblia que los animales son creados macho y hembra. Podía, pues, quizá, decirse que hay también en ellos el fenómeno de la sexualidad. Con todo, nos parece que el lenguaje sería puramente analógico, en todo caso impropio. Porque el concepto de sexualidad implica, además de las diferencias somáticas, sobre todo un modo propio de asumir esas diferencias, de vivirlas, de manifestarlas y de integrarlas dentro de las diferencias mismas. Hay en lo sexual una psique, una palabra, un pensamiento, en fin, un modo de ser y no simplemente un modo de hacer.

Por consiguiente, se puede decir sin miedo a equivocarnos, que solamente podemos hablar de sexualidad al referirnos al hombre. Ahora bien, la fecundidad humana es un fenómeno que requiere la cooperación del varón y de la mujer. No simplemente dos cuerpos diferentes y complementarios, sino ante todo un consentimiento mutuo, una afinidad, un querer transmitir la vida, que no puede ser transmitida sino como vida, vida humana, es decir libre, responsable y amorosa. Esto quiere decir, en otras palabras, que desde el origen mismo de la vida humana encontramos dos seres, dos hombres, varón y hembra, que consienten mutuamente a poner una relación humana asumiendo los derechos y los deberes que le acompañan y le siguen. Se está poniendo en otras palabras, en la intimidad del amor, que es una relación íntima, un acto, en su germen y en sus consecuencias, **social**; puesto que en el amor mismo, varón y mujer se vuelven socios y socios quieren ser en el compartir deberes y derechos que se seguirán en las relaciones sociales, dentro de la sociedad en que todo hombre vive.

Esta dimensión social de la fecundidad humana sexual es todavía más clara cuando leemos, al final del mandato de Dios a los hombres, el inciso: "y dominad la tierra".

Sin olvidar que la narración de la creación se vale de mitos, queremos recordar simplemente que hay un mito arquetipo, en las religiones antiguas y que toca de lleno el **agua-y-la tierra**. Según las religiones antiguas, el mar simboliza el **caos**, porque del agua nacen las criaturas, del agua nace la vida y todo lo que muere vuelve al agua como para ser regenerado y volver de nuevo a la vida, según la mentalidad religiosa de la re-encarnación. Decir **agua** es, pues, decir **caos**, desorden. Por el contrario, las religiones antiguas estimaban que lo único que surge del agua y que permanece siempre encima de ellas, como algo sólido, firme y hasta organizado es precisamente **la tierra**. Por eso mismo, cuando se habla o se piensa en la tierra, se piensa en algo firme, sólido, organizado para mantener la vida y proteger la vida de los hombres contra tantos peligros marítimos y del aire. De ahí que la tierra se le llame la "**madre tierra**": la que acoge, la que protege, la que organiza y alimenta la vida.

Comprendemos ahora otra gran diferencia entre el mandato que Dios da a los animales y el mandato que da a los hombres. A los animales Dios les dice: "y llenad las aguas y poblad los aires"; al hombre en cambio le dice "dominad la tierra". Es decir, que los animales están condenados a vivir en el caos, en el desorden, expuestos irremediablemente a los peligros "demoníacos" del agua y del aire. El hombre en cambio, recibe la misión de habitar la tierra y de "dominarla", es decir de actuar en el sentido de la tierra: organizar y proteger la vida de los humanos.

De todo lo expuesto va quedando en claro que al recibir el hombre el mandato de fecundar recibe la misión y la responsabilidad de luchar contra el caos y la muerte haciendo vigente la vida y haciendo de la vida humana el medio donde el hombre pueda realmente vivir. Por consiguiente, el hombre no puede dejar la fecundidad al capricho de las leyes de la naturaleza, pero tampoco puede dejarla al capricho de las pasiones de los hombres, como tampoco la razón puede ordenarla como si no existiera la naturaleza. El hombre se ha hecho responsable de la vida en el mundo y se ha hecho responsable de la vida de los humanos. Responsable del mundo y de los hombres, pero de los hombres que viven en el mundo y que para vivir en este mundo tienen que organizarse en sociedad.

La conclusión está sobradamente clara. Además de su aspecto biológico y humano, la fecundidad tiene un aspecto social que es precisamente el problema demográfico. Actualizar la fecundidad significa para el hombre y la mujer sellar con la vida misma su propio amor, pero significa también, como miembros que son de una sociedad, engrosar el número de aquellos que quieren vivir sobre un mismo suelo, dentro de unos mismos límites, alimentarse de los mismos recursos, formarse y educarse con los mismos medios que la sociedad establece y les ofrece. Hay pues un problema demográfico que no puede ser sacado de los límites de los problemas sociales.

Problema demográfico no es solamente un problema de nacimientos y de multiplicación de vidas humanas. Es también un problema de vida humana. Toda vida que viene a este mundo hay que ofrecerle un medio social humano, justo. En una palabra, el problema demográfico comporta también el "dominar la tierra"; es decir organizar la vida en sociedad de tal manera que todo hombre que vive ya en ella y todo hombre que nace, tenga conciencia de ser hombre y no animal perdido en el caos y en el desorden y desequilibrios sociales. Además, este "dominar la tierra" plantea a la fecundidad puramente biológica y aun a la amorosa, una dosis de prudencia para no desequilibrar las relaciones de una sociedad justa.

En suma, el problema demográfico, entendido en el contexto de la frase bíblica "creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla" significa dos cosas: luchar contra el caos no permitiendo la extinción de la vida sobre la tierra y, además, luchar contra el caos humano, no permitiendo que la vida de los hombres sea reducida al nivel de la vida de los animales.

3.—Sentido de las cifras demográficas en la Biblia.

A esta altura hemos comprendido que la Biblia no puede ser interpretada literalmente, es decir, tomarla a la letra. No cabe duda que cuando el hombre lee la Biblia se pone en contacto con la Palabra de

Dios. Pero se trata de una palabra escrita y escrita por los hombres de tal época, que tuvieron determinada cultura, determinada lengua, determinada estructura de pensamiento que no son ciertamente como las nuestras. Esto significa que, leer la Biblia correctamente supone todo un conjunto de conocimientos que van desde la lengua en que están escritos los libros, pasando por los modos literarios, medio histórico en que fueron escritos, tiempo de su consignación por escrito, etc., hasta llegar a una hermenéutica que exige conocimientos filosóficos adecuados.

Uno de los problemas que se presentan al lector de la Biblia y aún a los grandes conocedores de la Biblia es el problema de los números y cifras que vienen consignadas en los libros inspirados. Concretamente podemos preguntar si la Biblia nos ofrece cifras exactas sobre el desenvolvimiento demográfico del Pueblo de Israel.

Al parecer no. Tenemos algunas noticias interesantes sobre ciertos censos que se llevaron a cabo a lo largo de la historia del Pueblo. Por ejemplo tenemos el que es considerado como el primer censo llevado a cabo por el Rey David (II Samuel 24). Tenemos también los censos atribuidos a Moisés (Números 1, 17-44. Números 26, 1-62). Hay también algunos censos llevados a cabo después del destierro del pueblo (Esdras 2, 2-69; Nehemías 7, 7-66; III Esdras 5, 7-27). Sin embargo, cualquier conocedor competente de los Libros Sagrados nos dirá que las cifras ahí consignadas no son exactas, por múltiples razones que no vamos a traer a cuento aquí. Pero queremos por lo menos señalar la más importante, ya que encuadra perfectamente bien con la opción fundamental del **monoteísmo**.

Censos y monoteísmo.

Sabemos que la Biblia no es estrictamente hablando un libro de historia, menos un libro de administración pública ni de estadísticas. Es nada más y nada menos que el libro de la historia de la salvación de los hombres. Un libro que atestigua la fe de un pueblo en Dios, en definitiva, la fe del hombre en Dios. Ahora bien, este Dios, hemos dicho, es el dueño de la vida. Solamente Dios puede dar la vida y quitarla. Solamente Dios puede recibir gloria de dar vida, cuantitativa y cualitativamente, en la tierra. Es esta la razón por la que en el Antiguo Testamento se prohíbe al hombre llevar a cabo censos (Exodo 30, 12). Veamos esto más claro.

Hemos dicho que Dios manifiesta su poder creador dando la vida. Cada vez que nace un ser sobre este mundo se manifiesta el poder absoluto de Dios creador. Por otra parte hemos dicho, tener hijos es considerado como una bendición de Dios, es decir una manifestación de que Dios está con el hombre que recibe de su mujer un hijo. El elemento numérico de hijos no juega sino como acentuación de la presencia de Dios con el hombre. Sin embargo, aquí mismo surge un grave peligro. Y es que el hombre poco a poco corre el riesgo de poner demasiado su mirada en los hijos que tiene y va cifrando su esperanza en ellos, en el número de hijos va cifrando su poder, porque tener más hijos, en un ambiente rural y agrícola, significa tener más mano de obra gratis, por consiguiente más medios de producción, en suma una posibilidad más grande de acrecentar la riqueza personal, el patrimonio. Vemos entonces, que aquí también se vuelve realidad lo que hemos expuesto más arriba sobre el binomio **revelación-sociedad**. Los hijos de los hombres ya no son más manifestación del poder de Dios sino manifestación del poder del hombre. El hombre ya no confía más en el poder de Dios sino confía en el poder que le viene de tener hijos y más hijos.

El pecado de Adam y Eva no fue sino ese: creerse poderoso por sí mismo, olvidarse de Dios, creerse igual a Dios.

Un ejemplo bíblico de lo que acabamos de exponer lo tenemos y muy elocuente en los grandes Reyes de Israel y Judá. David por ejemplo. Este Rey obtuvo tanto éxito en sus campañas militares, extendió tan lejos los límites de su reino que para demostrar el poder suyo a los demás países mandó que se hiciera un censo. Entonces los hombres debían de temer y honrar a David y con esto se quebrantaba lo más esencial de la alianza que decía "Yo seré tu Dios". David comete un grave pecado al mandar llevar a cabo el censo de su reino (II Samuel 24, 10-27) y tuvo que pagar amargamente su delito.

Ahora comprendemos por qué tenemos tan pocas cifras de población en la Biblia, pero comprendemos también por qué las cifras en la Biblia no pueden ser exactas. Que Abraham haya tenido un hijo y que Jacob haya tenido doce; que los israelitas que llegaron a Egipto fueron 70 (Génesis 46, 1-34) y que los que salieron de Egipto con Moisés fueron 603.550, sin contar mujeres y niños, son todas ellas cifras aproximativas y además, por las razones que hemos recordado, han de haber sufrido muchos retoques de parte de aquellos que saben que toda cifra de ese género pone en peligro la fe en Dios.

Ahora comprendemos también que un estudio sobre la política demográfica del pueblo de Israel, basándonos en los datos de la Biblia, no nos llevaría muy lejos. Fuera de que, como lo hemos dicho más arriba, esa política no nos interesa sino como pura curiosidad histórica del comportamiento de un pueblo que cree en Dios frente a una realidad que es problema para todo hombre de cualquier tiempo de la historia y de cualquier rincón de la tierra.

III.—El Reino de Dios: Perspectivas del Nuevo Testamento.

Nota histórica singular.

Se plantea a los exegetas un problema sobre la exactitud de la noticia histórica de San Lucas en el capítulo 2,1. Lucas nos dice que en las inmediaciones del tiempo en que nació Jesús "César Augusto decretó que se hiciera un censo en todo el universo". No está suficientemente claro si ese censo se llevó a cabo precisamente el año que nació Jesús. Tampoco está suficientemente claro que ese haya sido el primer censo llevado a cabo por César Augusto (Lucas 2,2).

Pero lo singular de esta noticia está en que si San Lucas sabe que la práctica de los censos va en contra de la fe de los judíos, y no lo ignoraba, y si además, como buen historiador que suele ser, se daba cuenta de que esa noticia no correspondía quizá al año en que nos narra el nacimiento de Jesús, entonces, nos preguntamos, ¿por qué Lucas trae a cuento la noticia precisamente en el año en que nació Jesús y **por qué** si su interés, como el de Marcos, va por la predicación del Reino de Dios?

Podemos hacer conjeturas. En cuanto a la posible inexactitud de la fecha quizá pueda explicarse o por un descuido del historiador, ya que tampoco se puede decir que Lucas fue un historiador de profesión; o también, se puede pensar que es una nota redaccional de Lucas y que en este caso, ha querido hacer coincidir redaccionalmente la noticia del nacimiento de Jesús en Belén con el motivo que llevó a sus Padres a esa ciudad, cuando de suyo vivían en Nazareth. Por cuanto a la prohibición

de llevar a cabo censos en Israel, no hay problema si ese censo lo lleva a cabo César Augusto, pero sí sigue siendo problema como noticia en el evangelio de Lucas cuyo interés va precisamente hacia la fe en Dios y su Hijo que predica el Reino de Dios.

Veamos más de cerca si podemos encontrar algún indicio de solución. Y tal vez no andemos errados si nos dejamos guiar por la pista que nos ofrece la mención que Lucas hace en el Capítulo 2, tanto de César Augusto como del Rey David, al nombrar la ciudad de Belem.

Si recorremos el evangelio de Lucas encontramos dos pasajes por lo menos en que nos habla de nuevo tanto de César Augusto como, en otra parte, de David. En Lucas 20,20 leemos la famosa frase "dad al César lo que es del César" y en Lucas 20,41-44 leemos el pasaje en que los fariseos se quedaron con la boca cerrada sin poder responder a la pregunta de Jesús "si David es el padre del Mesías, ¿por qué David le llama Señor al Mesías?"

Ahora bien, si recojemos estas dos noticias y las leemos dentro del contexto global del mensaje del evangelio de Lucas estaremos encontrando el sentido exacto de las frases, aun para su contexto inmediato. Entonces podemos formular lo siguiente: David es el padre de la raza de la que debía nacer el Mesías, es este un hecho histórico ineludible puesto que así ha sucedido: Jesús nació en Belem, ciudad real de David. Por otra parte, César Augusto manda a realizar un censo y exige se le pague tributo, son estos también dos hechos históricos ineludibles. Sin embargo, y aquí viene el mensaje lucaniano, también se ha vuelto un hecho histórico ineludible que desde que Jesús predica el Reino de Dios "hay que dar a Dios lo que es de Dios". Ahora bien, de Dios es su Hijo Jesús y el pueblo que Dios se ha elegido y en cuyo seno su Hijo ha nacido.

El Reino de Dios predicado por Jesús.

Quiere esto decir que ni Jesús ni su predicación pueden ser considerados como realidades "metafísicas", por encima de la realidad histórica. Tan histórico es Jesús y su predicación y el Reino que nos anuncia, como histórico es el censo llevado a cabo por César, el tributo que él exige y la raza de David de la que nació el Mesías.

Así, pues, el Reino de Dios que Jesús nos predica no tiene, según San Lucas ningún hábito de idea "pura" o de "idea platónica". Jesús asume una cultura, se pone en las filas de un pueblo, vive en una sociedad política bien determinada en tal tiempo de la historia y en tal espacio del globo. Jesús habla a los hombres de su tiempo, como los hombres de su tiempo y con ellos quiere fundar el Reino de Dios sobre la tierra.

Sin duda alguna que Jesús quiere dar un sentido escatológico a la historia humana, lo que significa correlativamente que sin la historia de los humanos no puede dar el sentido escatológico que implica su Reino. Sin la historia su Reino se vuelve prácticamente imposible e irrealizable. Y no solamente Jesús vive dentro de una sociedad y asume los compromisos y responsabilidades que esa sociedad impone a todo miembro de ella "dad al César lo que es del César", sino además, Jesús educa a sus discípulos en el compromiso con los hombres y sus estructuras. Jesús efectivamente, que solamente los hombres comprometidos en este mundo (Mateo 5,2-12), pueden ser los colaboradores del Reino que exige un compromiso absoluto (Marcos 8, 34-35).

En ningún momento Jesús evade la realidad, por muy pecaminosa que sea. Ninguna palabra de Jesús puede tener el sentido de evasión de la realidad. El mensaje de Jesús no es una "metafísica", su palabra no es a-temporal. El nos propone un ideal, pero con el ideal nos impone un actuar.

Reino de Dios y problema demográfico.

Tocando ya nuestro punto de reflexión, podemos recordar lo ya dicho sobre que Jesús nunca hizo un planteamiento directo de este problema. Jesús abordó el tema del matrimonio y es este el único camino que nos queda para encontrar la vena de su pensamiento sobre el problema demográfico.

Dos pasajes muy significativos encontramos en los evangelios sobre la cuestión del matrimonio. Una vez cuando Jesús es interrogado por los Saduceos sobre el problema "de quién será mujer, en el Reino de Dios, aquella mujer que sucesivamente tuvo en vida siete maridos" (Marcos 12, 18-27). Sabemos la respuesta de Jesús: "entonces nadie tendrá mujer ni la mujer tendrá marido". El otro pasaje lo encontramos en Mateo 19, 10-15, cuando Jesús pronuncia un discurso sobre el matrimonio en perspectiva del Reino de Dios y se refiere a los eunucos. Los discípulos después de oír al Maestro se atreven a decir "entonces no vale la pena casarse". Jesús no responde ni sí, ni no, sino que en virtud de lo que el mismo Jesús había dicho en otra ocasión "yo no vine a abolir sino a perfeccionar" (Mateo 5, 17), Jesús dice "no todos entienden este lenguaje".

De estos pasajes inferimos lo siguiente. En el Reino de Dios no habrá más problema de matrimonio, ni problema que tenga que ver con las relaciones sexuales de hombre a mujer. Pero mientras el Reino de Dios no llegue, el hombre debe de seguir asumiendo sus propias responsabilidades en todo lo que atañe al matrimonio. Por consiguiente, si la frase de los discípulos "no vale la pena casarse" propone una evasión de las responsabilidades en espera del Reino, no tiene sentido; porque Jesús no viene a predicar la evasión de las responsabilidades. En cambio si la frase de los discípulos apunta hacia el Reino de Dios entonces sí cobra todo su sentido.

Efectivamente. Refiriéndose Jesús a los eunucos quiere hacer ver el fundamento que justifica la actitud de aquellos hombres que por el Reino de Dios no contraen matrimonio. El fundamento radica principalmente en esto: **la fecundidad no es una ley absoluta** y no lo es porque la naturaleza misma impide en muchos casos la fecundidad "hay eunucos que así nacieron". Que Jesús se refiera a los eunucos, es decir a los varones y no a las mujeres, encaja perfectamente bien dentro de la mentalidad de la Biblia cuyo cuidado va siempre hacia el varón, puesto que desde el principio el pueblo de Israel fue un pueblo patriarcal. De ahí también que cuando se cuenta el número de una multitud, se cuenten los varones y no las mujeres ni los niños que por su estado de infancia son considerados todavía como en un estado de feminidad, es decir de sujeción al varón.

Por consiguiente, si la naturaleza misma, que es maestra de la fecundidad, impide en muchos casos la fecundidad, quiere decir que los hombres pueden optar libremente por no practicarla, ya que no es una ley absoluta.

Sentido de la frase "eunucos por intervención de los hombres".

Pero la frase que nos interesa particularmente aquí es la siguiente: "hay eunucos que lo son por intervención de los hombres".

Muchas veces se ha prestado a esta frase un sentido payorativo o se la toma enseguida como chascarrillo. Parecería que se trata de una reflexión frívola y fuera de lugar en un escrito tan serio como es el evangelio. Sin embargo, este modo de abordar frecuentemente la frase en cuestión manifiesta a luces que no se la comprende o no se hace esfuerzo por comprenderse.

Nos parece que la frase no tiene doble sentido, ni encierra un pensamiento frívolo. Y la razón más obvia es que se encuentra en un contexto en donde se tratan dos cuestiones de tanta seriedad como es el matrimonio y el Reino de Dios. Según hemos dicho, Jesús alude a dos motivaciones que impiden la procreación: la naturaleza misma y el Reino de Dios. En medio de estas dos se encuentra precisamente nuestra frase. Y nosotros pensamos que con ella Jesús alude también a otra motivación tan seria y de tanto valor como la naturaleza y el Reino de Dios. ¿Cuál es esa motivación?

Si tenemos en cuenta que la primera causa que impide la procreación es del orden natural "eunucos que así nacieron" y que la tercera causa es del orden sobrenatural "eunucos por el Reino de Dios", no es difícil inferir a una causa intermedia entre naturaleza y sobrenaturaleza. Esta causa puede ser muy bien la razón, momento intermedio entre la naturaleza y lo sobrenatural. Y la razón se hace tan evidente como causa, cuando se sabe que la procreación y como hemos dicho la fecundidad, es un asunto tan humano con repercusiones sociales evidentes e ineludibles. Ahora bien, que el hombre haga uso de su razón para controlar su natural instinto de fecundar, es evidente y posible, por la misma razón que la fecundidad no es una ley absoluta, en virtud de lo que hemos dicho anteriormente.

Por consiguiente, la frase "eunucos por intervención de los hombres" señala, a nuestro modo de entender, una intervención racional del hombre que puede muy bien ser del orden familiar, médico o social.

La contraprueba está en esto. Podría decirse que la frase en cuestión se explica fácilmente por las consecuencias del pecado que causa en el hombre desequilibrios afectivos, que a la larga repercuten también en su sistema nervioso y contextura somática. Sin embargo, pensamos, que esta explicación no es determinante para el sentido de la frase, por la sencilla razón de que valdría también para las otras dos. Muy bien puede decirse que los que "así nacieron" nacieron así por las consecuencias del pecado, que ha dejado sus huellas en el cuerpo humano. También puede decirse que los que optan por el Reino de Dios lo hacen por una oposición al reino del pecado. Está claro, pues, que la explicación más obvia es la que nosotros proponemos: el hombre puede intervenir con su razón para ordenar y canalizar su natural instinto a procrear y esto en miras a este estado intermedio en que vive, entre la naturaleza y la sobrenaturaleza. Este estadio intermedio es precisamente su vida organizada en sociedad con todas las implicaciones que conlleva.

Naturaleza, razón y fe aparecen como motivos serios y nobles que concurren e intervienen cuando el hombre se preocupa por su responsabilidad de fecundar y procrear

Reino de Dios y sociedad.

Esta intervención de la razón por motivos de orden social, viene ampliamente respaldada por Jesús cuando se examina su vida y su enseñanza, así como la vida y las enseñanzas de la Iglesia que él mismo fundó.

Por consiguiente, no solamente Jesús dio un sello social a este problema demográfico desde el momento que nos remite "a lo que fue desde el principio cuando Dios creó al hombre (Marcos 10, 6), sino que todo el testimonio de su vida y su mensaje van compenetrados de esta responsabilidad del hombre por lo social. ¿Cómo puede pues, escapar el problema demográfico?

Ya hemos señalado claramente que la actitud de Jesús cuando predica el Reino, es una actitud de compromiso con la sociedad en que vive y con el hombre que vive en esa sociedad. Su compromiso fue tan real que es eso precisamente lo que le valió la dura muerte en cruz.

Jesús nace y crece, vive y muere en los límites de una sociedad. Una sociedad que él acepta como es "dad al César lo que es del César", aunque sin dejar de señalarle el nuevo camino del Reino de Dios. Jesús educa a sus discípulos en ese sentido de compromiso con la sociedad según las exigencias del Reino y es esto lo que motiva las últimas recomendaciones antes de subir al cielo: de volver a Jerusalem (Hechos 1, 4.8). Jerusalem fue la ciudad que traicionó a Jesús, pero era en realidad la sociedad en cuyo seno Jesús murió y por la cual vivió. Los Apóstoles, fieles al mandato de Jesús, no se quedan en las montañas ni fundan un monasterio sino que regresan a la sociedad de su tiempo, la que ellos conocían, en la que ellos estaban llamados a vivir y a predicar el Reino de Dios. (Hechos 1, 12). Los Apóstoles siguen acatando las costumbres de esa sociedad, siguen yendo al Templo (Lucas 24, 52), sin descuidar sus propias celebraciones, semilla del Reino en la sociedad en que viven.

Si es verdad, pues, que Jesús no abordó el problema demográfico, no cabe tampoco la menor duda que de haberlo abordado habría hecho énfasis en la necesidad de considerar ese problema en el frente con los problemas que nos plantea la sociedad, teniendo en cuenta al mismo tiempo las nuevas exigencias del Reino de Dios.

Confirmado este punto, podemos aludir al hecho muy significativo de que en San Mateo 19, Jesús aborda el matrimonio en el frente del Reino de Dios que viene (versículos 10-12) y además, en el frente de la sociedad en que se vive y que evoluciona con el tiempo (versículos 1-10). A propósito de este texto recordamos lo que hemos dicho sobre el estado intermedio que vive el hombre cuando tiene que poner en vigencia su razón. Este estado intermedio es precisamente la vida del hombre sobre este mundo. Vida que tiene forzosamente que organizarse en sociedad, para que pueda ser vivida de un modo humano. Está claro que Jesús no aborda el tema del matrimonio sin tener en consideración el compromiso con los hombres que viven en sociedad.

Más claro aparece todavía este aspecto, si notamos que el objeto del diálogo que se tiene con Jesús sobre el matrimonio estriba precisamente sobre cuestiones jurídicas y sociales como es el hecho de despedir la mujer y de darle un documento que la acredite como libre. Jesús mismo alude a la historicidad de la sociedad, que evoluciona con el tiempo y con los hombres. "Moisés os lo permitió a causa de vuestra dura cerviz, pero no siempre fue así..."

En fin, el mismo San Mateo comprendió la importancia de las dos exigencias, social y escatológica, que inspiró el discurso de Jesús sobre el matrimonio, cuando reasume lo esencial en el gran discurso de la Montaña (Mateo 5, 31-32). De todos es ampliamente conocido este sermón de la Montaña, aunque quizá no todos saben que el sermón no se detiene en los pocos versículos sobre las bienaventuranzas, sino que abarca todo el capítulo cinco y un poco más todavía sobre el capítulo seis. Sin embargo, sí sabemos todos que el discurso de la Montaña es de suma importancia puesto que sintetiza admirablemente bien las dos perspectivas de la predicación del Reino: la perspectiva escatológica que apunta a la venida del Reino y, por otra parte, la perspectiva social que apunta a la actitud realista del hombre que vive en este mundo todavía, en espera de la llegada del Reino de Dios.

San Mateo que fue uno de los testigos directos de la vida y del mensaje de Jesús, no se equivoca cuando reasume lo esencial del discurso del matrimonio dentro de este sermón de la montaña. Además, actúa de un modo congruente a la visión fundamental con que escribe su evangelio.

Efectivamente. San Mateo se preocupa de un modo particular de demostrar que Jesús es el nuevo Moisés para el pueblo de Dios. Desde el principio de su evangelio se esfuerza por presentarnos, casi diríamos, una vida paralela entre Jesús y Moisés. Sabemos que Moisés nació en tiempo de persecución cuando el Faraón había decretado dar muerte a todo varón recién nacido de los hebreos: Jesús también aparece en el evangelio de Mateo bajo el signo de persecución a muerte cuando apenas había nacido. Sabemos que Moisés tuvo que huir para luego regresar después de un tiempo a liberar al pueblo: Jesús también huye y huye precisamente a Egipto, cuna de Moisés, para luego regresar a su país y liberar al pueblo. Sabemos en fin, que Moisés se consagró como el más grande legislador, político y social del pueblo cuando se detuvieron en las faldas del monte Sinaí: Jesús también aparece en el evangelio de San Mateo, en el Sermón de la Montaña, como el nuevo legislador para el pueblo que ahora-aquí espera ya el Reino de Dios.

Todo el Sermón de la Montaña lleva pues, el sello de la esperanza escatológica conjugada con la urgencia de una vida social justa. Y es precisamente en este contexto y no en otro, que Mateo reasume las palabras esenciales de Jesús sobre el matrimonio. ¿Cómo puede escapar el problema demográfico de esas dos perspectivas?

Resumiendo.

Podemos sintetizar nuestras reflexiones en los puntos siguientes:

1.—No hay en la Santa Biblia un planteamiento directo del problema demográfico. Tampoco hay en estos libros soluciones ya hechas ni situaciones sociales "modelos" para toda situación humana.

En la Santa Biblia encontramos la Palabra de Dios que da sentido a nuestra existencia humana y a todos los problemas que el hombre se plantea en este mundo habitado por él.

2.—Si interrogamos a Jesús sobre los criterios que deben de guiar al hombre en la reflexión y en la solución al problema demográfico, encontraremos tres principalmente:

- 1) **Un criterio del orden natural:** que aboga por el respeto a la naturaleza creada por Dios, en cuanto dadora de vida. Y comporta los elementos siguientes:
 - A) Solamente Dios es dueño de la vida. Por consiguiente, todo problema humano que tenga relación con la vida humana tiene que ser resuelto en el confronte con la voluntad de Dios.
 - B) El problema de la vida humana tiene relación con el de la fecundidad. Ahora bien, la fecundidad es una responsabilidad que Dios ha depositado enteramente en manos del hombre.
 - C) Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre posee la razón y puede por consiguiente responsabilizarse libremente de tan delicado problema, y el demográfico que es su consecuencia social.

- 2) **Un criterio del orden racional:** que enuncia la responsabilidad del hombre en el delicado problema de la fecundidad y su consecuencia social que es el problema demográfico. Esta responsabilidad **no es absoluta**, pero sí es **total**.
 - A) **No es absoluta**, porque está supeditada a los principios que Dios ha establecido para la vida en general y en particular para la vida humana. Y estos principios son:
 - 1) La fecundidad humana debe de ser manifestación del poder creador de vida que es propio de Dios, creador de vida y no de muerte.
 - 2) La fecundidad humana tiene que respetar la vida y luchar contra el caos, tanto como **caos primordial** (ausencia de vida), como **caos social** (exterminación de vida humana).
 - 3) La fecundidad humana tiene que ser considerada en vinculación directa con los problemas sociales, puesto que la sociedad es el único medio posible para la vida humana.
 - B) Sin embargo **la responsabilidad del hombre es total:** quiere esto decir que el hombre al tomar una decisión en materia de fecundidad tiene que tener en cuenta el conjunto total de todas sus responsabilidades que le vienen del hecho de vivir en sociedad.

3.—**Un tercer criterio, del orden sobrenatural:** toda decisión del hombre tiene que ser tomada en orden a "allanar los caminos del Señor" (Marcos 1,2), para hacer posible el advenimiento del Reino de Dios. Ahora bien, este Reino de Dios es un Reino de Paz, de Amor y de Justicia. Se sigue en consecuencia, que el hombre ha de tomar sus decisiones para que la paz, el amor y la justicia reinen entre los hombres, puesto que solamente hay un modo de esperar el Reino de Dios y es haciéndolo posible YA, AHORA y AQUÍ en este mundo en que vivimos.

Última reflexión desde nuestra concreción.

El problema demográfico no es un problema simplemente para los médicos ni solamente para los servicios sociales: es un problema total en el que están comprometidos todos los elementos vivos que forman la sociedad.

No se logra por consiguiente la solución a este problema haciendo propaganda, tipo "coca-cola", en la radio y en la televisión. Esto también es, quizá, necesario, pero solamente tiene sentido, en un país donde reina la injusticia, cuando se hace justicia al pobre y justicia al rico.

Toda pareja matrimonial debe de pensar sin duda en el embarazo cuando piensa en el amor; pero todos aquellos que predicán estos "slogans" debemos de ponernos primero y también, a resolver el grave problema de injusticia que es en gran parte el responsable del crecimiento desmesurado de la población en los países del Tercer Mundo.

